

FLOR NATURAL-POESIA PREMIADA

ORIGINAL DEL REDACTOR DE "BLANCO Y NEGRO,"
D. MARCIANO ZURITA, EN LOS JUEGOS FLORALES CE-
LEBRADOS EL DIA 19 DE AGOSTO, QUE ORGANIZÓ EL
ATENEIO DE ESTA CAPITAL

¡Tierra luminosa de los campos de oro!
¡Cimbra que sostiene los arcos triunfales
por donde pasaran, en tropel sonoro,
los predestinados y los inmortales!
¡Herencia sagrada de los estatuarios
atletas que fueron nuestros genitores!
¡Códice de aquellos días legendarios,
tan esplendorosos y consoladores!
¡Materna custodia del honor ibero!
¡Jugo de la raza española! ¡Semilla
de fértiles mundos! ¡Copioso venero
de cálida sangre que corre a torrentes
por las rojas venas de la hispana arcilla!
¡Páramo claustrero
donde, reverentes,
doblan su rodilla
los anacoretas y los penitentes!
¡Solar de las gestas y del Romancero!
¡Madre Castilla!

Tienen tus arrugas los pliegues sinuosos
de las barbecheras en las paramías;
surcos que en tu frente se abrieron gloriosos
bajo el sol que tuesta tus carnes baldías;
profundas estriás
que van horadando la recia pilastra
en que fué tallado tu cuerpo bendito;
girones de vida que el dolor arrastra
por tu humilde huerto pelado y marchito;
venerandas plicas de un noble legajo
donde sus poemas de luz han escrito
la Ciencia y el Arte, la Fé y el Trabajo...

Déjame que ponga mis labios en ellas;
deja que las bese con amante anhelo,
porque tus arrugas son como las huellas
con que se desangran tus piés en el suelo.
Insignes arrugas de tu campesino
rostro calcinado por los resplandores
del sol de la estepa, yo os adivino
rúbricas gloriosas que, en días mejores,
hubieran trazado sobre un pergamino
los santos, los reyes y los trovadores!

Tus pupilas tienen la tristeza vaga
que en los silenciosos campos se dibuja
cuando el beso de oro de la luz se apaga
sobre el cáliz negro de la noche bruja;
congela doliente de adelfa marchita
que se dobla exangüe sobre el tallo roto;
callado tormento de la margarita,
que fué sol y luna de un país remoto;
súplica anhelante de las rojas mieses

que lentas maduran y granan veloces
temblando sus áureas pepitas campesas
al verdugo filo de las curvas hoces...

¡Pupilas que vieron risueñas auroras
en las lontananzas
donde palpitaban acariciadoras
las alas divinas de las esperanzas!

¡Videntes pupilas que, abiertas al blando
sueño taumaturgo de la profecía,
vidriosas y tristes se van hoy cerrando
sobre lo ignorado de la lejanía...!

¡Mírame á tus plantas, postrado de hinojos,
con las violetas de mi pobre canto!
¡Deja, Madre mía, que bese tus ojos
y beba el amargo raudal de tu llanto!
¡Déjame que bese tus nobles pupilas
misericordiosas y aterciopeladas,
hasta que se tornen firmes y tranquilas
tus bellas, tus suaves, tus dulces miradas;
miradas de madre cerca de sus hijos
que se transparentan cuando se deslíen,
como las miradas de esos Crucifijos
que nos enternecen porque nos sonríen!

Tiembla en tus palabras el místico acento
de las abadesas de tus abadías;
dóciles palabras de renunciamento
llenas de nostalgias y melancolías;
palabras tan dulces como la dulzura
de tus amorosos labios maternos,
donde el negro cisne de la desventura
canta junto al mirlo de los madrigales;
palabras solemnes de rezo y de llanto,
suaves y piadosas, tristes y apagadas,
que son, porque en ellas palpita algo santo,
como las espinas de la flor de acanto,
más adoloridas que desesperadas;
palabras que inspiran la fe que perdimos
y que manifiestan la luz que buscamos;
divinas palabras que todos oímos
cuando a los pies tuyos nos arrodillamos...
¡Déjame que escuche tu voz, Madre buena!
¡Que ella sea el eco de mi oído mozo!
¡Que contigo mi alma se muera de pena
o tiemble de gozo!

¡Que de tus palabras el místico acento
mi pecho espolee como un acicate!
¡Que si tú eres monja, yo entre en tu convento,
y si tú eres reina, me lance al combate!
¡Palabras maternas y consoladoras,
sed siempre mi guía,
y cuando a mí lleguen las últimas horas,